

Del esperpento a la realidad



La víctima del crimen, don Rodrigo García Jalón.

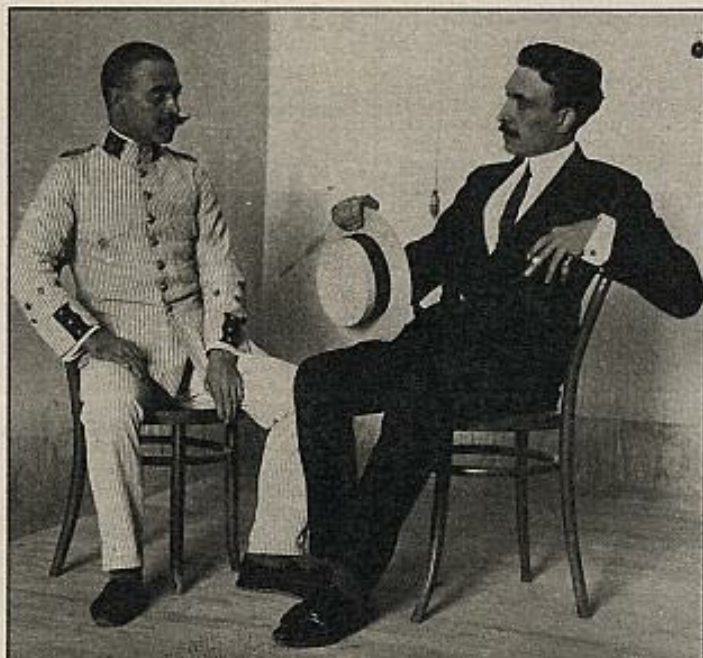
"LA HIJA DEL CAPITAN" Y EL FAMOSO CRIMEN DEL CAPITAN SANCHEZ

EDUARDO DE GUZMAN

ESCRITA hace más de medio siglo —en 1927, Primo de Rivera ordena la recogida de la edición cuando Valle-Inclán trata de publicar la obra—, "La hija del capitán" no ha podido estrenarse en España hasta el pasado sábado 7 de enero de 1978. La causa de tan sorprendente retraso estriba no sólo en que el autor se anticipe a su tiempo —que se anticipa—, sino en que las autoridades de la dictadura, de la monarquía y, esencialmente, del franquismo la censuran y prohíben una y otra vez, temerosas de no sabemos qué espantosas catástrofes de permitir su representación. (Ya hace cincuenta y un años, al pretender justificar el secuestro, el dictador dice textualmente en una de sus inefables notas oficiales de inserción obligatoria: "La Dirección General de Seguridad, cumpliendo órdenes del Gobierno, ha dispuesto la recogida de un folleto, que pretende ser novela, titulado 'La hija del capitán', cuya publicación califica su autor de 'esperpento', no habiendo en aquél renglón que no hiera el buen gusto ni omita denigrar a clases respetabilísimas a través de la más absurda de las fábulas. Si pudiera darse a la luz pública algún trozo del mencionado folleto, sería suficiente para poner de manifiesto que la determinación gubernamental no está inspirada en un criterio estrecho e intolerante, y sí exclusivamente en el de impedir la circulación de aquellos escritos que sólo pueden alcanzar el resultado de prostituir el gusto, atentando a las buenas costumbres".)

Crímenes en el Madrid galdosiano

Aunque los Gobiernos y regímenes que suceden al de Primo de Rivera no comparten los juicios y apreciaciones literarias



El capitán Sánchez conversando en Prisiones Militares con su defensor, don José Serrano Batanero.

del dictador jerezano, si parecen coincidir respecto a los peligros que entraña la puesta en escena de algunos de los esperpentos de Valle, acaso y sin acaso, porque muchos de sus personajes se ven perfectamente retratados en la realidad deformada, cruel y desmitificadora que el autor trata de presentar al pueblo español, obsesionado por sacarle de una vez para siempre de la abulia en que inútilmente se consume. "La hija del capitán" es, en fin de cuentas, el espejo cóncavo que refleja, con inversosímil verosimilitud, un largo y dolorido período de nuestra vida nacional, abundante en máscaras y fantoques puestos en movimiento por Cánovas —"gran empresario de la fantasmagoría", según frase certera de Ortega— en su intento de galvanizar el cadáver de una España que ha perdido el pulso por culpa principalmente de sus frecuentes y providenciales "salvadores".

En estos largos años de finales de un siglo y comienzos de

otro, en esta España "de cerrado y sacristía, vieja, zahagatera y triste" que abochorna a Machado, aplastada por la abulia que desespera a Ganivet, esclavizada por el caciquismo que arranca trenos apocalípticos a Costa y envilecida por el pucherazo forjador de mentidas mayorías parlamentarias, un pueblo escéptico, abrumado por la catástrofe del noventa y ocho, desengañado y desentendido de la farsa que se desarrolla ante sus ojos, que ya no cree en nada ni en nadie, vuelto de espaldas a los graves problemas de la nación, se interesa únicamente por los sucesos vulgares y llamativos de un crimen pasional, de la suerte de un taurero o la muerte de cualquier torero que pierde la vida en su inútil empeño de escapar de las cornadas del hambre.

Es la época áurea de los cronistas de sucesos. En el Madrid galdosiano de estos "años bobos" —como los califica el propio don Benito— el interés popular se centra fundamentalmente

en la crónica negra. Un buen crimen apasiona mil veces más que una crisis política, un descubrimiento científico o un conflicto social y hace subir la tirada de los periódicos, o aumenta el número de ciegos que con sus grandes cartelones y sus romances cantados explican en calles y plazuelas la maldad del criminal o la angélica inocencia de la víctima. A veces incluso dividen a la opinión en bandos adversos, y las simpatías o antipatías hacia los protagonistas del hecho están estrechamente relacionadas con la clase social o las ideas políticas de los opinantes.

Son muchos los crímenes famosos que en esta época apasionan a las gentes. Pero no pasan de tres los que por sus distintas e incluso opuestas características intrigan a las gentes, se discuten con vehemencia y durante meses y aun años suscitan la curiosidad general. Concretamente y por orden cronológico son los crímenes de la calle de Fuencarral, de "La Valenciana" y del capitán Sánchez, base y fundamento de "La hija del capitán", el esperpento de Valle-Inclán que acaba de ser estrenado en Madrid, medio siglo después de haber sido escrito.

El célebre crimen de la calle de Fuencarral tiene como víctima a una señora acomodada de cierta edad que una noche es asesinada para robarle el dinero y las alhajas que tiene en casa. Como en el piso de la señora habitan con ella un hijo —jugador, bronquista y calavera, que cumple breve temporada de encierro en la cárcel Modelo— y una joven criada de muy buen ver llamada Higinia Balaguer, todas las sospechas recaen sobre la sirvienta. Aunque Higinia niega su intervención en el sangriento suceso y hace encendidas protestas de inocencia, es detenida, procesada, juzgada y condenada a muerte. En cualquier caso, parece un tanto dudoso que la criada haya podido perpetrar el crimen, y las dudas se incrementan cuando la Balaguer,